

que cada una se haga justicia por

n siglo, hablando de la necesidad  
vertir el actual derecho de gentes  
hombre, sin distinción de pueblos  
do las fronteras para asociar a los  
secución de los destinos comunes,  
dad está en formación y toda la  
ste el desarrollo de los progresos  
ra cosa que la historia de ese tra-  
ue está encargada la naturaleza  
bre. Los gobiernos, los sabios, los  
la historia, son instrumentos pro-  
onstrucción secular de ese grande-  
-mundo, que acabará por consti-  
-mas bases, según las mismas leyes  
la naturaleza moral del hombre  
onstitución de cada Estado sepa-

s—o ingenuidades, lo que fuere—  
ticular, son, pues, muy viejas. Si  
confiaría de ellas.

*La Prensa Libre, 22 de febrero.*

Libre del 2 de marzo ha vuelto a  
cidez habitual don Clemente Ma-  
nto no disponer de espacio para  
lo. Se mantiene en su actitud de  
za respecto a los yanquis y con-  
e han sido o son novedades «la  
ocracia», el falansterismo, el co-  
ascismo, etc. (Nótese, entre parén-  
a griega *falansterio* y la italiana  
ntes.)

### Historia de un ebanista que realizó la economía dirigida

Hay en Copenhague un club de librecambistas que se han propuesto demostrar amenamente la futilidad de ciertas teorías económicas muy gustadas ahora en el mundo, en la época de desvaríos de postguerra. Con ese fin, publica dicho club interesantes fábulas y cuentos reunidos en folletos. Léase como ejemplo el epílogo que aquí traduzco:

Había una vez en un pueblecito danés un ebanista especializado en la fabricación de ataúdes. Un dichoso día se le ocurrió que era de veras justa, digna y recomendable la teoría de la «balanza del comercio»: *No compro sino a quien me compra*. Por tanto, decidió ponerla él rigurosamente en práctica, sucediérale lo que le sucediera. Para comenzar, hizo saber al pulpero y al panadero que les retiraba su clientela mientras no obtuviera la de ellos. Pero el pulpero y el panadero, no sintiéndose en peligro de muerte, se negaron a encargarse de antemano sus ataúdes. Lo mismo hicieron los otros comerciantes del pueblo, de modo que al punto nuestro carpintero, esclavo de sus principios, no encontró un lugar donde comprar lo que necesitaba para vivir y para sostener su taller. Naturalmente, éste empezó a ir a menos.

Quiso sin embargo la suerte que un terrible accidente sobreviniera en una gran fábrica de productos químicos de la localidad. Saltó la fábrica y murieron sus dos directores, Peña y Lázaro. Sus viudas se dirigieron al momento al ebanista y le encargaron dos de los mejores ataúdes. Pero especificaron que el trato se haría según los principios de la economía